

Sergio Grez Toso.
Historiografía, memoria, ciudadanía y política.
Reflexiones desde el oficio de historiador.
Valparaíso, América en Movimiento, 1a. edición, 2019, 199 págs.

Si escribo algo, quiero que eso no quede solamente en las estanterías de una biblioteca universitaria.

Sergio Grez Toso

1998 llegaba a su ocaso y con una molesta mezcla de estupor y vergüenza ajena, algunos de quienes terminábamos nuestro primer año de Pedagogía en Historia y Geografía en la Universidad de Concepción leímos la “Carta a los chilenos” de Augusto Pinochet, por esos días detenido en Londres. La recuperación democrática había ocurrido no hace tanto y parecía instalarse una verdad extraña, al menos incompleta. Pero el despertar de 1999 trajo otro aire que respiramos con satisfacción al comenzar nuestro segundo año académico: el “Manifiesto de historiadores”¹ divulgado a fines

de ese enero. No tardó en llegar la réplica, escrita por el también historiador Gonzalo Vial y, luego, un segundo manifiesto. Nosotros, los estudiantes, seguimos esta discusión leyendo, pensando.

A la necesidad de redactar ambos escritos surgida entre algunos historiadores, sus alcances e implicancias, está dedicado el primer artículo de *Historiografía, memoria, ciudadanía y política. Reflexiones desde el oficio de historiador*, de Sergio Grez Toso; publicación que, me parece, hace eco del espíritu que originó, cuando ya cerraba el siglo xx, aquel primer manifiesto. Sus líneas interrogan la exigencia por conocer y la necesidad de recordar (que el autor observa en una creciente variedad de

de historiadores, compiladores Sergio Grez y Gabriel Salazar, lom ediciones, 1999, pp. 7-25.

1 “Manifiesto de historiadores”. *Manifiesto*

espacios sociales, a contracorriente de la asentada atmósfera posmoderna), traducidas en un saber histórico del que emana un sentido común compartido, tanto como alertan sobre su triste vigencia: la manipulación del pasado y el peligro de que se instale una historia “oficial”.

La conferencia transcrita como “Historia social: importancia y vigencia en la actualidad”, que encontramos como segundo artículo, nos permite observar a un profesor –un profesor que es claro, que toma partido– definiendo, frente a sus estudiantes, qué es la historia social, para luego acompañarlos en sus cuestionamientos sobre el descrédito de la política y las consecuencias historiográficas de la globalización. Esta definición se profundiza en “Escribir la historia de los sectores populares, ¿con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social (Chile, siglo XIX)”, que describe ambas propuestas teóricas y metodológicas –*con la política incluida y sin la política incluida*, representadas por importantes obras de Sergio Grez y Gabriel Salazar, respectivamente–, denuncia el desprecio que ciertas historias sociales muestran hacia la historia política y concluye con el derecho, que envuelve a cada historiador, a escoger para estudiar el sujeto que desee.

Y porque no se somete al triunfante espíritu posmoderno, nos previene el

autor en el cuarto título, del riesgo que acarrear ciertos mitos presentes en la historiografía chilena –la cantidad de muertos que dejó la masacre de la Escuela Santa María de Iquique y la imagen de José Manuel Balmaceda como presidente antiimperialista, por ejemplo–, junto a la tensa relación existente entre memoria e historia y entre historia y política.

Pablo Aravena, historiador, sostiene con el autor una conversación titulada “Historiografía, ciudadanía y política”, aquí contenida, donde Grez describe aquello que considera la responsabilidad social y política del historiador: tener opinión sobre los problemas políticos del presente y comprometerse con ellos, aun cuando sus objetos de estudio se sitúen en un pasado lejano. El acceso al conocimiento histórico es un privilegio y todo privilegio implica una responsabilidad.

Hace algo más de diez años, tvn realizó un concurso que tituló “Grandes chilenos de nuestra historia”. La colaboración del público –una enorme cantidad de personas– fue descrita por el autor reseñado como un “ejercicio de soberanía historiográfica” (153). A propósito de este certamen y de esta votación, Sergio Grez denunció el abismo que observaba entre una gran parte de la comunidad académica y las preocupaciones ciudadanas desde las cuales se elabora conocimiento histórico, coincidente o no con el producido por los historiadores

“profesionales”; distancia a la que responsabilizó por “el desprecio o la indiferencia” (153) con que dicha competición fue por ellos considerada. A estas aprensiones se dedica el sexto artículo.

El siguiente, “Un par de observaciones para la agenda historiográfica sobre el comunismo chileno”, se sumerge en la necesidad de no excluir el estudio de *lo político y de la política* cuando los sectores populares se constituyen como protagonistas. Al ser una idea muy bien abordada en el tercer artículo aquí compilado, pienso que, en este contexto, aparece algo redundante.

¿Qué investigar?, ¿para quién hacerlo? y ¿qué lenguaje y formato utilizar para compartir los resultados de una investigación?, son las preguntas con que cierra “La historia como oficio”, un hermoso escrito sobre el uso, creciente, del significativo oficio para referirse a la labor, hoy profesional, del historiador. Ocurre que la obtención de un grado académico (o dos, o tres) no convierte a alguien en historiador, sino el hacer.

Los ocho artículos envueltos en *Historiografía, memoria, ciudadanía y política* fueron escritos entre el 2001 y el 2017, con posterioridad a *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, al unísono de las investigaciones plasmadas en la escritura y publicación de

Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de “la Idea” en Chile (1893-1915), *Historia del comunismo en Chile. La era de Recabarren (1912-1924) y El Partido Democrático de Chile. Auge y ocaso de una organización política popular (1887-1927)*. Algunos de ellos habían aparecido en revistas especializadas y no tanto, otros permanecían inéditos. Aquí se enlistan siguiendo un orden temporal, según su fecha de creación. Las temáticas en ellos abordadas –la práctica historiográfica, la relación entre historiografía y política, las teorías extranjeras adoptadas (no siempre con éxito) por la comunidad académica chilena– se mezclan con el contexto en que surgieron, con las necesidades y deseos de la audiencia que los escuchó nacer, con sus preguntas. Encontramos en sus párrafos algunas respuestas, una postura, ciertas convicciones. Ante todo, un proyecto: construir la nueva historia política en convergencia con la historia social.

En el epílogo, Grez se dispone a tender una invitación al medio historiográfico chileno: no renunciar a la utopía normativa de la historia total ni a la escritura de una historia con sentido. Y vuelve, otra vez, sobre *la historia social con la política incluida* como concreción teórica y metodológica de ese horizonte.

Volvamos nosotros, ahora, al inicio, al porqué de esta reflexión (“escasa en el medio historiográfico

nacional”, según describe el autor en la primera línea de su nota introductoria), a su impulso original. Muestras hay: *Sobre la historia*, de Eric Hobsbawm; *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso y lo ficticio*, de Carlo Ginzburg; *La historia desde abajo y desde adentro*, de Gabriel Salazar, entre muchas otras. Obras firmadas por autores que han hecho de la historia su oficio, su lente, su prisma y que, tras recorrer parte de su camino, escogen detenerse y mirar su propio pasado para intentar responder por qué, para qué. En esta tradición (que Sergio Grez llama *teoría historiográfica*, para diferenciarla de la *teoría de la historia*) enmarco esta publicación. Ella vino a engrosar la colección *Historias en Disputa*, de la editorial América en Movimiento, cuyas ediciones portan detalles como distintas densidades de negro en la impresión del texto y un cuidado colofón, vestidos con una impecable corrección de estilo. Junto a los títulos ya publicados en esta serie, forma un catálogo del que cualquier editor podría estar orgulloso.

Al describir la escuela nacional-conservadora, Julio Pinto² explica cómo ciertas ideas planteadas por historiadores afines a esta corriente —la excepcionalidad chilena o el

orden portaliano, entre otras— han salido de la academia para, mediante la constante reedición de sus obras ensayísticas (que transita hacia una permanente presencia en librerías y bibliotecas) y su ingreso en los medios de comunicación y la enseñanza pública, ser parte constituyente de un sentido común histórico que cruza las más variadas esferas sociales, no solo aquellas cercanas a la derecha política (aunque, por cierto, a la derecha política, hasta convertirse en su matriz ideológica), incluso en contraposición al conocimiento histórico científico. “Que, en lo posible, lo que uno hace, tanto a nivel personal como de un colectivo, sirva para nutrir las reflexiones de aquellos que están haciendo historia día a día, de quienes toman decisiones grandes o pequeñas” (62): esta fue parte de la respuesta que Grez ofreció a uno de sus estudiantes frente a la pregunta “¿de qué manera los historiadores recuperan, si es que lo necesitan, o les interesa, esa voz cantante en la actualidad de un país o de una sociedad?”. Es también, me parece, su propuesta e invitación para todos aquellos que, en su quehacer profesional, *el oficio de historiador*, comparten su intención y anhelan aportar esquinas desde donde interpelar el presente mirando el pasado. Investigaciones existen, quizás sea necesario mutar las formas en que se han compartido. Quizás, como sugiere Aravena en una

2 Pinto, Julio. *La historiografía chilena durante el siglo xx. Cien años de propuestas y combates*. 2a. ed., América en Movimiento, 2016.

de sus preguntas al autor, los alcances de la industria editorial sean menores a lo que se cree y es momento de encontrar otros formatos, alternativos, complementarios, de manera de infiltrar el sentido histórico, hasta hoy, común. *Historiografía, memoria, ciudadanía y política* es un fuerte impulso hacia ese propósito.

Vuelvo ahora a 1998 y los años que siguieron. Mi estupor, vergüenza ajena y malestar se proyectaron a un entonces futuro. A estos sentimientos se sumó la perplejidad. Los once historiadores que firmaron ese primer manifiesto continuaron trabajando, investigando y escribiendo.

Dos de ellos hoy están fallecidos; otros dos fueron reconocidos con el Premio Nacional de Historia, sumándose al Dr. Armando de Ramón. Otros manifiestos se redactaron, en otros registros, firmados por otros historiadores. María Angélica Illanes³ bautizó lo que por entonces iniciaba como *la batalla de la memoria*. En este presente, la hostilidad parece recrudecer. Sigamos nosotros leyendo, sigamos nosotros pensando.

ANDREA URIBE ALVARADO
EDITORIAL HISTORIOGRÁFICA
CHILE

3 Illanes, María Angélica. *La batalla de la memoria. Ensayos históricos de nuestro siglo. Chile (1900-2000)*. 1a. ed., Planeta, 2002.